

new  
mYnd

COLECTIVO JUAN DE MADRE



Esta historia  
está basada en  
hechos reales



Inicio > Letras de canciones > Daniel Johnston > Worried Shoes



Añadir letra a  
tus favoritos



Ver videoclip  
de la letra



Enviar letra  
a un amigo



Descargar  
canción MP3

Una vez me puse unos zapatos preocupados  
que caminaban kilómetros sin gastarse.  
Una vez cometí un error que nunca pude olvidar.  
Hice nudos en las trenzas, y a cada paso recordaba.  
Caminé sin parar, con mis zapatos preocupados  
que me llevaban por caminos tortuosos  
lejos de techo y abrigo.  
Hasta que un día vi brillar tanto el sol  
y mis pies gritaban tanto por su libertad  
que me quité los zapatos preocupados,  
ya no los quise más.  
¡Tengo tanto que caminar! ¡Tanto que hacer!  
Ya no los quiero más.

[http://www.letrasyletras.com/cancion/543602/Daniel-Johnston\\_Worried-Shoes.html](http://www.letrasyletras.com/cancion/543602/Daniel-Johnston_Worried-Shoes.html)

## 1 a

*“Este es el momento preciso. Justo ahora. Siento un solo cuerpo”.*

*Cuando pensó estas palabras, Gabriela estaba tumbada en la cama con los auriculares reproduciendo la canción *Worried Shoes*. Boca arriba, con los párpados cerrados, mantenía sus brazos rectos a cada lado del cuerpo; la misma postura que adquiriría cuando hacía ejercicios de relajación con los que espantar los ataques de pánico. Eran las tres de la madrugada.*

*Abrió los ojos como quien da un portazo.*

## 1 b

“Este es el momento preciso. Justo ahora. Siento un solo cuerpo”.

Cuando pensó estas palabras, Gabriela estaba tumbada en la cama con los auriculares reproduciendo la canción *Worried Shoes*. Boca arriba, con los párpados cerrados, mantenía sus brazos rectos a cada lado del cuerpo; la misma postura que adquiriría cuando hacía ejercicios de relajación con los que espantar los ataques de pánico. Eran las tres de la madrugada.

Pablo despertó y observó la aureola de sudor en las sábanas que rodeaba el cuerpo inmóvil de su amante. La cogió de la mano:

—¿Estás bien?

Abrió los ojos como quien da un portazo.

—Sí. Todo bien, mi vida.

## 2b

Gabriela conducía a ochenta kilómetros por hora. El altavoz del coche emitía la voz metalizada de Alan Vega. El cigarro que sujetaba se consumía entre los dedos; un cilindro de ceniza cayó a sus pies en una de las curvas.

En el horizonte se dibujó la montaña de Montserrat. Gabriela pasaba por ahí cada día, camino al trabajo. Era una montaña extraña, como un cáncer de roca extendiéndose hacia el cielo. Recordaba, cada mañana, las excursiones que hacía de niña con su familia a Montserrat. Un par de veces al año acudían a merendar, a visitar el monasterio y a pasear por el bosque. Su memoria rescató un detalle que tenía completamente olvidado: su hermana gemela Laura corría tras ella, esquivando los árboles y tropezando con las piedras. Laura empuñaba una pistola de cartón. El arma imitaba la forma de las pistolas utilizadas por los protagonistas de la serie televisiva *V*. La pequeña acechaba a su gemela silbando el ruido del láser en cada disparo; hasta acertar el tiro: “¡Estás muerta!”, gritó.

La siguiente salida de la autovía llevaba al hospital, en medio del arcén vio un objeto extraño. Según se acercaba le pareció que era una cuna. Aminoró la marcha hasta parar, el parachoques quedó a diez centímetros del objeto. Se bajó del vehículo, dejando la puerta abierta. Efectivamente, era una cuna, de color verde. Estaba en silencio. Se acercó más. La cuna le pareció vacía; estaba a punto de retirarse cuando descubrió un movimiento entre sus sábanas. Las ropas eran

verde pálido y llevaban bordado, repetidamente, un sistema urinario femenino, como la ecografía de unos riñones, uréteres, vejiga y uretra; o así se lo pareció a Gabriela. Apartó las sábanas. Allí dentro una docena de rabos de lagartija se retorcián, chocando unos con otros en un baile ciego, catatónico. Y una sola lagartija, mutilada, corría en ese laberinto de carne temblorosa.

## 2a

*Sobre las cuatro de la mañana Gabriela logró dormirse, los alaridos de la habitación vecina habían terminado. La habitación era sencilla: un rectángulo de diez metros cuadrados, con una cama estrecha en el centro, un armario empotrado y una vieja ventana.*

*Sus sábanas estaban empapadas en sudor. Justo antes de despertar soñó con un hombre de uniforme, desconocido, que se arrancaba la cara mostrando debajo una piel verde y rugosa como la de un lagarto.*



—Mira esto.

Gabriela estaba sentada en el banco del vestuario. Con los pantalones blancos del uniforme y desnuda de cintura para arriba, sostenía su móvil entre las manos, mirando la pantalla. María, su compañera de planta, una muchacha de veinte años con el pelo rapado, no atendió la petición de Gabriela.

—Mira qué cosa más rara me he encontrado.

Ahora sí, la joven se acercó, sin demasiado interés; hasta que comprendió lo que el vídeo mostraba.

—¿Qué *collons* es eso? —se sentó junto a Gabriela, para ver mejor las imágenes.

—Era como un lagarto; rodeado de colas de lagartija vivas.

—¿Y esto dónde estaba? —la muchacha se levantó para seguir poniéndose el uniforme.

—En el arcén de la autovía... Dentro de una cuna —Gabriela continuaba visionando el breve archivo, que se repetía una y otra vez, en un *loop* constante—. La dejé ahí. No sabía qué hacer.

—Vamos a llegar tarde. Y no tengo ganas de aguantar las protestas de Juana.

Gabriela miró una vez más el vídeo. Entonces apagó el móvil. Sus movimientos eran lentos. Se observó las tetas, le molestaba que no fueran exactamente simétricas. Se puso la camisa y guardó en sus bolsillos el móvil, una libreta pequeña, un bolígrafo y el juego de llaves.

—¿Otra mala noche? —preguntó María desde la puerta del vestuario; con medio cuerpo fuera, esperando a su compañera. Gabriela asintió:

—El insomnio.

Para llegar al pabellón donde trabajaban podían ir por los túneles subterráneos, que conectaban entre sí todos los edificios del complejo hospitalario. Pero esa mañana prefirieron hacerlo por el exterior, fumándose con disimulo el último cigarro.

Caminaban con sus mochilas a la espalda. Se cruzaron con algún auxiliar del turno de noche, que ya daba por finalizada su jornada; se saludaron con un leve movimiento de cabeza. Cada pabellón quedaba a unos veinte metros del más cercano; en total eran siete edificios, incluyendo oficinas, un bar y una torre de vigía. Se distribuían sin orden por todo el recinto, con decenas de jardines escrupulosamente cuidados; el perímetro quedaba cercado por unas altas vallas metálicas.

En la enfermería coincidían los miembros del equipo de noche con los del turno de mañana. La enfermería de cada módulo era una pequeña habitación, amueblada con un escritorio de los años cincuenta, un armario lleno de medicación y ningún rastro de tecnología informática. La estancia era demasiado pequeña, por lo que en los cruces de turno quedaban hacinados ahí dentro; algunos apoyados en el quicio de la puerta, o asomando solo la cabeza.

Gabriela, esa mañana, consiguió sentarse en una de las sillas; tras hojear el libro de incidencias volvió a mirar el vídeo del lagarto. Los demás auxiliares comentaban la noche.

Juana, una mujer a punto de jubilarse, obesa y con rostro de bebé, criticaba que se tuviera que hacer la higiene a uno de los pacientes justo antes de finalizar su turno, y no después. Continuó con su retahíla de quejas, que Gabriela no atendió. El resto de auxiliares tampoco escuchaban a Juana, más por agotamiento que por desacuerdo. María echó una mirada a Gabriela que esta no correspondió, pendiente de la pantalla de su móvil.

A las siete y cuarto se repartieron los aparatos de alarma: unas cajas de plástico negras con una cuerda. En caso de emergencia se tiraba de la cuerda y sonaba un pitido en el resto de cajas. Era de poca utilidad, ya que el aviso no indicaba quién era el compañero en apuros y tampoco su localización. Ni siquiera había suficientes alarmas para todos los auxiliares. Con todo, seguían repartiendo las que tenían.

María y Gabriela subieron a su planta. Gabriela se ocuparía de levantar y controlar el aseo de los pacientes del ala derecha. Preparó un carro con una veintena de toallas ásperas y varios botes de jabón. Entonces se dirigió hacia su pasillo; un largo y oscuro corredor, con puertas a ambos lados. Algún paciente ya estaba despierto, rondando el pasillo, con los pies a rastras. Esa era una de las obligaciones que más detestaba Gabriela: ir de dormitorio en dormitorio despertando a los residentes. Encendiendo las luces o incluso retirando las sábanas para espabilar a los más lentos: a las ocho debían estar todos en el comedor listos para desayunar.

### 3a

*Iban abriéndose las puertas del pasillo. Una a una. A cada lado del corredor. La suya estaba al fondo, en el lado de las impares. Era una habitación individual porque cuando fue ingresada, hacía ya tres años, se temía que intentara el suicidio; con lo que pasó las primeras noches bajo llave. Ahora dormía con la puerta abierta, pero aún no la habían trasladado a un dormitorio compartido. A las siete y treinta y cinco minutos tocaron a su puerta. Sin esperar respuesta abrieron y se encendió la luz.*

*—Buenos días, Gabriela. —Javi, un joven de rasgos finos e imberbes, cruzó la habitación y abrió la ventana.*

*Gabriela se dio media vuelta en la cama tapándose el rostro con la sábana húmeda; ambos entendían que ese gesto significaba: “Ahora me levanto”.*



◆://user/gabriela/zapatos\_preocupados/imagenes/Pierrot\_le\_fou.jpg

## 4b

Gabriela dijo:

—Estaba con el Secanell en su habitación —ella y Pablo tomaban unas Moritz y unas bravas en la terraza de un bar cercano a su casa, en el barrio de Poble Sec. La terraza estaba compuesta por unas pocas mesas metálicas que eran atendidas con parsimonia por un hombre bangladesí. Un cartón con el mensaje: “No mover” tapaba un desagüe bajo los pies de Gabriela— y ha empezado con eso de: “*Digues vint! Digues vint!*”<sup>1</sup>.

Pablo sonrió y asintió levemente con la cabeza. Al beber, de manera inconsciente, bizqueaba los ojos para vigilar el líquido que iba entrando en su boca.

—Esta vez decidí no obedecerle, a ver qué pasaba —Gabriela paró para beber—. Él ha seguido: “*Digues vint!, digues vint, si us plau!*”<sup>2</sup>, estaba desesperado. Movía *así* el brazo, y daba pequeños botes en la silla donde estaba sentado... Lo había sentado ahí para ponerle los calcetines. Total, que el tío se iba acelerando. Se ha puesto hecho una furia; pero al cabrón se le escapaba la sonrisa: “*Digues vint! Déu meu! Digues vint!*”<sup>3</sup>. Yo quería ver hasta dónde llegaba. Entonces lo he dicho: “*Vint*”. Me ha mirado un momento, muy serio, y de repente ha dado un bote de alegría, de la hostia, gritando, y se ha caído de la silla, partiéndose de la risa —Gabriela empezó a reír, Pablo la

---

1    ¡Di veinte! ¡Di vente!

2    ¡Di veinte! ¡Di vente, por favor!

3    ¡Di veinte! ¡Dios mío! ¡Di veinte!

siguió—. Lo tendrías que haber visto, ahí tirado, con la pierna tiesa vendada y los brazos en alto como si acabara de marcar un gol.

—Eres una cabrona —bromeó Pablo.

Miraron a la gente que cruzaba el Paralel, una avenida de seis carriles construida en 1905 paralela a la línea del ecuador. Gabriela y Pablo guardaron silencio. Todos los transeúntes vestían ropas cortas y ligeras, pero entre ellos había una mujer que llevaba a su hijo, de unos cuatro años, cogido de la mano. El niño iba vestido como para vencer un invierno polar: chaquetón con capucha, guantes, bufanda y botas por encima de los pantalones de pana. Algunos lo miraban con curiosidad. Otros esquivaban su presencia, de la misma manera que hubieran mirado a otro lado, con disimulo, al cruzarse con un anciano desnudo.

Gabriela continuó, ahora más seria:

—Después me ha pedido un abrazo y se ha puesto a llorar. Me ha preguntado si se va a morir... Creo que aún no le han dicho nada, pero el hombre no es imbécil.

## 4 a

*El comedor estaba ocupado por una veintena de mesas, con cuatro pacientes en cada una. Los auxiliares iban repartiendo la comida en un carro metálico: lentejas como primer plato, tortilla de patatas con lechuga de segundo y manzana al horno de postre. La monja que tenía asignado el cargo de enfermera jefe, jamás faltaba a las comidas, y rondaba el comedor supervisando el destino de aquellos alimentos.*

*Eran las siete de la tarde. Gabriela no se acostumbraba a cenar tan temprano, con lo que apenas tenía hambre. Habitualmente vendía alguno de sus platos por un par de cigarrillos. Como resultado de tal práctica, al insomnio de la noche se le sumaban unos calambres en el estómago que a menudo le provocaban el vómito; un vómito vacío, idéntico al boqueo de un pez.*

*La disposición de los pacientes en sus mesas era siempre la misma. A Gabriela la acompañaban Ramón, un hombre fuerte de mirada agresiva pero trato amable, excepto cuando se le contradecía; Antonia, una tímida anciana de cuerpo pequeño, a la que le colgaban los pies de la silla y solo hablaba con los auxiliares o enfermeros, a quienes trataba como un nieto o un marido llegados de la guerra; y Santiago, un sudamericano inmenso y feliz que bajaba las escaleras de espaldas.*

*—Decís que Lucio y la monja son la misma persona, pero míralos, ahí están los dos a la vez. —Santiago, contento porque la monja le acababa de dejar una segunda manzana en su plato de postre, intentaba resolver una duda que esa tarde Ramón le había planteado.*

*Gabriela cedió su manzana a Santiago. La fruta envejecida por el horno resbaló de su plato hasta posarse en el suyo. Santiago estalló de alegría. De repente ella se giró, buscando a alguien: ahí lo tenía, a cuatro mesas de distancia, vestido con camisa a cuadros de manga corta, gafas grandes y pelo canoso, con la pierna envuelta en una venda gruesa que le obligaba a mantenerla estirada sobre un andador oxidado. Nadie de su mesa lo escuchaba, pero él insistía, con una mirada que batallaba entre la ironía y el desastre:*

*—El meu germà morirà el dia vint. A que sí? Morirà el dia vint. Digues vint. El meu germà és el més fort.<sup>4</sup>*

---

4 Mi hermano morirá el día veinte. ¿Verdad? Morirá el día veinte. Di veinte. Mi hermano es el más fuerte.



Era temprano, pero ya estaban tumbados en la cama, viendo *La que se avecina*. Pablo acariciaba el cabello de Gabriela. Ella estaba echada con la cabeza apoyada en su pecho; durante los anuncios, Gabriela daba la espalda al televisor, y cerraba los ojos.

—¿De qué me dijiste que era esta cicatriz? —los dedos de Pablo palparon un pliegue en la piel del cráneo de Gabriela, justo a la altura del hueso occipital.

—Ah. Pues con cinco años, saltando una cadena de ancla, en el puerto... —No abrió los ojos para responder: siguió allí cobijada, en silencio.

Tras pocos meses de noviazgo, se fueron de Gijón para vivir en ese pequeño ático de Barcelona, en una de las calles que subía por la falda de Montjuic. Tenía dos pequeñas plantas, con las paredes pintadas de colores extraños y dispares. En la planta baja quedaban la cocina, el cuarto de baño y el comedor; arriba el estudio y la sala de estar, que de noche se transformaba en dormitorio. Cuando ocuparon el piso arrancaron el papel de una de las paredes de la segunda planta, y descubrieron varias capas de papeles antiguos; como estratos geológicos de todos aquellos que habían habitado la casa antes. La construcción del edificio databa de 1899, con pintura negra alguien había escrito en el más profundo de los papeles: “10-X-1899”. Decidieron dejar aquella pared tal cual; ahí colocaron el sofá-cama.

El resto de tabiques los pintaron sobre el papel y los llenaron de cuadros, sin orden. Decenas de cuadros y fotos.

Numerosas reproducciones y fotocopias de dispares obras de Rauschenberg, Miró o Ríot Über Alles, se mezclaban con imágenes de recetas de cocina, fotografías personales o postales turísticas; como resultado, apenas se veían los colores de las paredes. Con una excepción: en la arqueológica pared desnuda, presidiendo la cama, habían colgado un solo cuadro, de Egon Schiele, donde dos amantes desnudos se abrazaban, y él besaba el oído de ella.

Pablo besó el cuello de Gabriela, ella correspondió acariciándole el pecho. Empezó a desnudarla; la mujer estiró el brazo para hacerse con el mando a distancia y apagó el televisor. Dejó caer el mando al suelo. Por la ventana abierta se oyó la voz remota de una mujer catalana llamando a su hijo. La mano derecha de él recorrió su espalda y deslizó los dedos por debajo de la goma de las bragas; Gabriela acarició la erección de Pablo por encima del calzoncillo. Terminaron de desnudarse, cada uno quitándose su propia ropa interior. Siguieron masturbándose. Se besaron un par de veces. Después ella se colocó sobre Pablo, que quedó en decúbito supino. A él se le enredó la pierna con la sábana. No sonrieron en ningún momento. El pene se introdujo en la vagina. Durante varios minutos los cuerpos se agitaron, manteniendo los pubis juntos. Ella aplastó sus pechos contra el torso desnudo de Pablo; después se incorporó, quedando perpendicular al cuerpo estirado de Pablo. Él acudió a los pezones de Gabriela. Sus tetas eran ligeramente asimétricas; también los pezones: el derecho tenía forma de cero, el izquierdo recordaba a un triángulo. Gabriela susurró algo, y su cuerpo se contrajo con un escalofrío seco. Pablo la miró, procurando descifrar qué significaba aquel gesto; sin entender las palabras. No le preguntó, ella no solía

resolver los misterios de su sexualidad. Su cuerpo era como una isla incartografiable. Continuaron revueltos, acumulando sudor. Pero ahora ella era la cola de una lagartija. Gabriela se aceleró, como quien inicia un sprint final, recorriendo con rapidez el pene de Pablo, que tenía secuestrado dentro de su vagina. Sintió un escozor extraño tras el roce prolongado. La erección aumentó hasta eyacular. Un temblor y un gemido encogieron el cuerpo de Pablo. Gabriela lo abrazó, ya quieta, con los ojos cerrados. Él, aún con la respiración acelerada, la abrazó con los ojos abiertos.

Después, tumbados uno al lado del otro, con la sábana cubriéndoles hasta la cintura, Pablo conectó el portátil que tenía en la mesita. Buscó entre los archivos de audio, hizo sonar un disco de Nacho Vegas. Dejó el ordenador entre sus piernas, como una caja de música a medio abrir.

Escucharon las canciones en duermevela, cuando la tercera canción dijo:

*Y es mi miedo el de esa lagartija  
al desprenderse de su cola.*

## 5a

*Gabriela miraba la televisión en la sala común del pabellón. Normalmente no se acostaba hasta la medianoche, hora en la que los auxiliares imponían el toque de queda. La estancia común se mantenía casi a oscuras, con olor a tabaco y a orines, procedente de los lavabos. La televisión estaba colocada sobre una librería, a demasiada altura. Los que se habían quedado a ver la tele habían juntado mucho las sillas al mueble, para oír con nitidez el bajo volumen del aparato; en consecuencia, debían estirar mucho la cabeza hacia atrás, y sus cuellos adquirían una extraña curvatura.*

*Gabriela se mantenía en un rincón, algo apartada. Apenas podía oír las voces del televisor, pero poco le importaba. Coincidiendo con el anuncio de un perfume, donde un chico y una chica salían de una piscina, el cuerpo de Gabriela ardió. El fuego se le empezó a acumular en el vientre, y bajó hacia su sexo. Sin sorprenderse por el arrebató miró a su alrededor, nadie le prestaba atención; se llevó la mano derecha entre las piernas y cerró con fuerza los muslos. Movi6 con suavidad la mano, acariciándose por encima del pantal6n de lino y las bragas, que empezaron a adquirir un tacto gelatinoso. Cerr6 los ojos. La discreci6n inicial se fue agotando seg6n pasaron los minutos; ahora agitaba la mano, arqueaba la espalda para apretar el pubis contra la silla. De repente, otra mano se pos6 sobre la suya. Una mano gruesa y dura. Al abrir los ojos vio a Lluís, un hombre feo que normalmente solo hablaba para insultar, así se cruzara con una monja, un médico, un auxiliar u otro paciente.*

—Necessites ajuda?<sup>5</sup> —le sonrió él.

---

5 ¿Necesitas ayuda?

—¡Déjame en paz, gilipollas! —gritó ella. Los demás ni siquiera se giraron para ver qué ocurría. Uno pidió silencio, con los ojos fijos en la pantalla.

Gabriela se levantó y salió de la estancia. Fue a la enfermería, donde Juana leía un grueso libro abierto sobre el escritorio. Gabriela esperó en silencio; la auxiliar no advertía su presencia.

—Perdona, ¿me puedes abrir la habitación?

—¡Joder! —Juana levantó su cuerpo de montaña, recogiendo el manojo de llaves de la mesa—. Os tengo dicho que si os quedáis, es hasta las doce. ¿Es que tengo que ir y venir cada vez que a uno se le antoja algo de su cuarto?

Gabriela calló. Caminaron hasta su habitación. La auxiliar siempre iba tres pasos por delante. Cuando llegó, abrió la puerta y se fue sin despedirse. Gabriela entró en su cuarto, cerró, deseó tener pestillo. Se tumbó.

Sobre la cama, clavada a la pared por una chincheta, le acompañaba la imagen de Dánae, pintada por Klimt en 1907. La diosa encogida dejaba entrar a Zeus en forma de río de oro entre sus gruesas piernas. Aquel era el cuadro preferido de Laura, su hermana.

Gabriela empezó otra vez a acariciar su sexo, ahora directamente, con la mano atrapada por las bragas. Cerraba los ojos. No consiguió excitar su cuerpo. Y lloró.